


Mapotoa y Yaynapango, escenarios de otra masacre cometida por Sendero Luminoso

Martes, 06 de mayo de 2014 | 6:55 pm



En Yaynapango, Antenor Chumpate y su hijo Máximo Hinostraza aguardan la exhumación de los restos de sus familiares. 

CRUELDAD. Más de un centenar de pobladores asháninkas fueron víctimas en Pangoa, Satipo, de una matanza sistemática perpetrada por Sendero Luminoso a inicios de los años 90, según la suma de una lista elaborada por comuneros y nuevos nombres recogidos en el lugar por La República.

Wilber Huacasi.

Enviado especial.

“Aquí está enterrada mi esposa”. Antenor Chumpate Mahuanca no tiene la menor duda de que en ese pedazo de terreno rodeado de hojarasca yacen los restos de su esposa Maribel María Contreras. Lo dice con la convicción de haber sido él mismo quien la enterró luego de encontrarla tirada, muerta, asesinada por [Sendero Luminoso](#) (SL), allá por los años 90. “La mataron ahorcándola, solo porque estaba enferma y ya no podía subir al monte a trabajar”.

Para reafirmar su versión, Antenor se inclina y recoge una sandalia rosada. “Yo mismo lo compré para mi mujer en Pangoa —insiste—, cuando todavía se podía salir”. El hombre se quiebra, dice que quiere llorar, pero sus ojos apenas se humedecen.

Antenor tiene el alma reseca: ya bastante ha sufrido durante aquella guerra que cobró la vida de su esposa, de sus familiares y más de un centenar de asháninkas, según se desprende de una primera lista elaborada por los mismos comuneros y nuevos nombres que van surgiendo desde la memoria de los sobrevivientes de la comunidad de Mapotoa y su caserío, Yaynapango. Ambos territorios fueron el mudo escenario de incontables episodios de barbarie que recién empiezan a salir a la luz.

EL DELITO DE NACER

Antenor estima que tiene 47 años. “Antes no sabíamos qué día nacíamos”, se justifica. El hombre observa la fosa con la sandalia rosada y comenta que hace poco llegaron en helicóptero representantes del [Ministerio Público](#) y el Equipo Forense Especializado (EFE). La delegación visitó algunos parajes para efectuar una primera pericia de ubicación y encontró al menos dos fosas (con un cadáver cada uno) y cinco sitios “potenciales” de entierro.

Para refrescar la memoria, Antenor ha llamado a su hijo, Adolfo Chumpate Contreras (29 años). Juntos se animan a desenterrar sus recuerdos y aseguran que en esa fosa rodeada de hojarasca también deben estar los restos de otras cuatro criaturas.

“Ahí, a la altura de la cabeza de mi esposa, debe estar una bebita”, indica Antenor, “la bebita se llamaba Rebeca y la mataron junto con mi esposa, porque ya nadie iba a poder darle de comer”. Por esas inmediaciones también deben estar los restos de Lalo (7 meses) y Dino (1 año). “Ambos eran mis hijos”, interviene Adolfo, “uno murió de enfermedad, el otro murió ahorcado”. Y hasta aquí también trasladaron los restos de Daniel Quintinari, otro niño ahorcado a los 2 años de edad.

“Como los encontraba tirados, muertos, yo no quería que se queden botados como perros. Por eso he traído hasta acá para que se acompañen”, explica Antenor. Y fue así como los cuerpos inertes de criaturas que apenas llegaban al mundo iban siendo

enterrados, víctimas de una matanza inexplicable, condenados a la pena capital sin derecho de apelación ante nadie, por el único delito de nacer.

ESCLAVITUD PERPETUA

Si los niños no morían de enfermedad o ahorcados, tenían la opción de vivir pero como esclavos. De ello puede dar fe Máximo Hinostroza Mahuanca. Cuando los terroristas llegaron a Yaynapango, él tenía unos siete años y recuerda que los niños eran parte de la “masa”.

Los menores eran reunidos en grupos para trabajar y alimentar a los terroristas. Cada quince días eran rotados. Durante su periplo por el monte, los niños caminaban sin ropa, sin víveres, sin agua. Lo único que portaban era la zozobra al pensar que en cualquier momento podían ser ahorcados.

“Obligado tenías que trabajar —recuerda Máximo, con la mirada ausente—. A los niños cuando no trabajaban, se les mataba. Si no comías bien, te mataban. Si no caminabas bien, te mataban. Si jugabas, te llamaban y te mataban, con sogá”.

La sogá tenía además otra utilidad para mantener en cautiverio a las mujeres asháninkas de Mapotoa y Yaynapango. Margarita Chubiante Chumpate, una mujer enfundada en su cushma, se lleva las manos a la cintura y explica cómo era que los terroristas las amarraban con sogá cuando iban a trabajar al monte para evitar que se escapen.

“Con sogá nomás andábamos para sacar yuca, de noche, sin cushma, calateadas nomás”, recuerda Margarita y agrega que andaban en fila, como ganado, una tras otra, “mi hermana, mi tía, mi cuñada”.

Margarita es sobreviviente de una masacre que en forma sistemática cobró la vida de su padre, de su madre y de su hijo, por estar enfermos. Y cobró la vida de su esposo, de su hermano y de su cuñada, por intentar huir del infierno.

A estos seis familiares, Margarita suma otras dos víctimas: su tía y su hermana. A su tía Rosalía Chubianti Chumpate los terroristas la mataron por hacer caso omiso cuando le ordenaron que baile. A su hermana Carmela la violaron y cayó enferma y, al igual que el resto, solo pudo escapar de esta esclavitud perpetua con la muerte.

EL ESTADO AUSENTE

“Sangre como mierda yo he visto acá, cuando tenía 18 años”. Enrique Nicolás Chumpate ahora tiene 38 años, es vicepresidente de la comunidad de Mapotoa y luce una memoria intacta: “Acá había cantidad de muertos —indica, mientras caminamos

por lo que se denomina El Túnel—. Toda su ropita se veía, su cushma. Todo ahí, amontonado”.

El paraje es conocido como El Túnel debido a que los subversivos construyeron una gran zanja donde atendían (o mataban) a los enfermos. Aquí funcionaba un campamento terrorista.

Como todos los entrevistados para esta historia, Enrique perdió a dos hermanos y dos hijos, víctimas de SL. También perdió a su esposa María. En este punto, Enrique se ve obligado a explicar que en aquellos años nadie tenía documento, por lo que le resulta imposible “recordar” los apellidos de su primera esposa.

Enrique desempolva sus recuerdos y se lamenta que el Estado nunca haya llegado a esta zona. Solo llegó Sendero Luminoso con falsas promesas y al final terminó arrasando con su comunidad. Incluso ahora que los terroristas ya se han marchado, el Estado sigue ausente.

Recién en el 2001, los asháninkas de Mapotoa vieron algo que podría parecerse al desarrollo cuando unas maquinarias llegaron para abrir una trocha carrozable. Falsa alarma: se trataba de una empresa privada que ejecutaba la obra vial solo para extraer los recursos madereros. “Se han llevado nuestra caoba, nuestro cedro virgen —evoca Enrique—. Lo mejor de nuestra madera se han llevado”.

PARTIDOS DE LA MUERTE

Para colmo, fue una de esas maquinarias la que un día, dejando de lado cualquier protocolo forense, pasó por la zona de El Túnel y barrió con los restos humanos que estaban regados, y los arrimó hacia una bajada, en el afán de seguir abriendo la trocha para extraer madera.

Todo eso recuerda Enrique mientras descansamos en El Túnel junto con otros asháninkas. Aquí, donde uno solo observa maleza, ellos recuerdan un campo que sirvió de estadio para los llamados partidos de la muerte. Podría sonar a ficción, pero los mismos comuneros dan fe de esos torneos fúnebres y hasta conocen el nombre y el apellido y la ubicación exacta de una de las víctimas: Julio Pachacama.

Cuentan que el día que lo iban a matar, Julio se quedó haciendo guardia en un sector conocido como la “Y”. En cambio sus demás compañeros asháninkas pasaron la mañana corriendo tras el balón en El Túnel. Obtuvieron el triunfo pero tiempo les faltó para celebrar, pues casi al instante fueron asesinados uno en uno.

Solo faltaba Julio, quien a la hora del almuerzo recibió la visita de unos subversivos. “Buen equipo”, le dijeron y enseguida le dieron su rancho y se marcharon; pero casi al instante, otro terrorista llegó para matarlo.

ÉXODO Y RETORNO

Hasta mediados de los 90, todos los asháninkas de Mapotoa y Yaynapango eran obligados a colaborar con SL. Escapar era imposible, ante el riesgo de ser ahorcados por los terroristas o ser acibillados por los militares, por haber “colaborado”.

Recién entre 1996 y 1997, los sobrevivientes de Mapotoa y Yaynapango, que eran un poco más de cuarenta personas (de las más de 200 que habitaban el lugar hasta antes de la incursión subversiva), optaron por el éxodo. Caminaron rumbo a las comunidades de Boca Kiatari y Jerusalén, y ahí se quedaron refugiados.

“Aquí hay más víctimas”, insiste Antenor y subraya que muchos están en El Triunfo y la Base de Llanco, lugares más lejanos que no fueron visitados por los forenses. Antenor dice que sus hermanos asháninkas pueden volver a esos parajes para indicar dónde enterraron a familiares. Antenor hace esta reflexión mientras evoca la tarde en que mataron a su esposa.

“¡Entierra a tu esposa, si no quieres, entonces a los dos vamos a enterrar!”, le habían gritado los terroristas, cuando él se disponía a reclamar por aquel acto cruel.

Antenor, hombre de alma reseca, evoca esa escena y mastica unas hojas de coca frente a la fosa de su mujer, mientras aguarda el inicio del desentierro de una historia que recién empieza a abrirse paso.

IMPROVISARON SU PROPIA COMISIÓN DE LA VERDAD

En el 2003, cuando la CVR culminaba sus funciones, Mapotoa y Yaynapango habían desaparecido del mapa. En consecuencia, nadie dio cuenta de todo lo que había ocurrido (salvo dos o tres menciones muy generales sobre Mapotoa). Recién a partir del 2004, los sobrevivientes asháninkas iniciaron la odisea del retorno.

Una mañana de setiembre del 2007, enterados de las reparaciones colectivas, los mismos comuneros improvisaron su comisión de la verdad y cogieron el libro de actas y registraron con puño y letra los nombres y apellidos de un total de 94 víctimas. No se sabe qué ocurrió luego, pues esta lista nunca llegó a formar parte del Registro Único de Víctimas (RUV), tal como confirmó para en este informe la secretaría técnica del Consejo de Reparaciones.

Solo cinco nombres de la lista elaborada por los comuneros aparecen en el RUV. Quedarían 89 por registrar, además de los 23 nuevos nombres de víctimas que fueron recogidos para este informe, por testimonios de los mismos familiares. Total: 112 víctimas nuevas víctimas del terror. (Ver lista en larepublica.pe).

[Lista de víctimas registradas por la comunidad de Mapotoa que no figuran en el registro único de víctimas \(RUV\)](#)

CLAVES

Los asháninkas aseguran que los mandos subversivos autores de la matanza sistematizada fueron los camaradas “Abel”, “Jhony”, “Andrea” y “Dante”.

Las fosas de Mapotoa y Yaynapango no forman parte del Registro Nacional de Sitios de Entierro elaborado por la CVR, tal como confirmaron voceros de la Defensoría del Pueblo.